

LA MISA NUEVA

En el mentidero del pueblo, que era, naturalmente, la fuente de la plaza, empezábase á murmurar que Pepet rondaba por las noches la casa de Roseta. Y cuando el río suena...

Si, era verdad; rondaba su casa y hablaba con ella, á hurtadillas, receloso siempre de que alguien lo descubriera.

Quería á Roseta con todo el entusiasmo de unos veinte años sugestionados por unos ojos grandes, negros, de esos ojos que «lo dicen todo»; tenía la convicción de que ella le quería también y no iba él á sacrificar sus ilusiones y su cariño porque sus padres, interesados y rencorosos, odiasen ciegamente á toda la familia de Roseta.

Pero no contaba el mozo con la huésped. Que era ni más ni menos que el descubrimiento de aquellos amores, y, como consecuencia lógica, la inmediata oposición de sus padres.

En toda la huerta sabíase la rivalidad de las dos familias, rivalidad antigua, manchada con sangre, más arraigada cuanto más tiempo iba pasando.

El origen de ella, como el de casi todas las rivalidades de los labradores de Valencia, había sido unas rencillas por cuestión de riegos, rencillas que, á manera de bola de nieve, fueron siendo cada vez mayores y llegaron á crear entre los individuos de aquellos dos bandos una situación violentísima é insostenible.

Pero buenos eran ellos, unos y otros, para apurarse por nada, ni para retroceder ante nadie. Y buena prueba de ello dieron todos aquellos parientes suyos que, á consecuencia de la tal rivalidad, descansaban bajo la tierra del cementerio ó se agitaban tras las rejas del presidio.

Calculen ustedes, pues, el efecto que haría en los paisanos de Pepet, la noticia de aquellos amores.

Llegó el rumor á oídos de los padres del mozo, que al principio se resistieron á creerlo.

¿Cómo era posible que su hijo, que conocía con todos sus horribles pormenores la historia de aquella enemistad, fuera á enamorarse de una mujer que pertenecía á la familia á quien odiaban? Pues qué; ¿no sabía Pepet que la muerte de su abuelo estaba todavía sin vengar? ¿ignoraba, acaso, que las cicatrices que tenía en la mano derecha el padre de Roseta, eran algo así como el sello del puñal que él, el padre del que ahora la galanteaba, llevaba debajo de la faja?

No, no podía ser... aquello eran habladerías de comadres. Pero los rumores seguían... Nadie les había visto hablar, ninguno le sorprendió á él saltando las tapias del huerto que rodeaba la casa de Roseta, y, sin embargo, todos podían jurar que los chicos se querían.

Aquellas miradas, al salir ella de la misa de doce los domingos, la actitud de él ante aquella familia que habían odiado y odiaban todos sus parientes, las palabras que se le «escapaban» á ella al hablar con las otras mozas... Todo demostraba la verdad de la suposición.

Decidióse el padre de Pepet á descubrir los amores, si era cierto que los había, y á cortar por lo sano, antes de que la cosa echara mayores raíces. Y una noche, cuando el mozo dejaba su casa para ir á la de Roseta, salióse su padre al encuentro...

—¿Dónde vas, Pepet? — le preguntó en tono natural, que ocultaba maliciosamente el deseo de oír de los labios de su hijo la confesión de aquella pasioncilla.

—Voy á dar un paseo por la huerta... Esta mañana he visto desgajadas algunas ramas de los naranjos, de aquellos naranjos que se doblaban al peso de sus frutos y que hoy han aparecido erguidos y derechos como mozuelas en día de fiesta... No hay duda, que alguien se encargó anoche de evitarnos el trabajo de la recolección... Pero le aseguro á usted que como yo lo sorprendiera esta noche...

—¿Hombre, mira qué casualidad! Yo he salido á hacer eso mismo.

—¿Ha visto usted, también, los naranjos despojados de su fruto?

—No, yo voy á descubrir algo que me interesa más... El robo de unos cuantos puñados de naranjos, es un hecho insignificante. Es un delito vulgar, que puede castigar la justicia de los hombres... Un día... cualquiera... sorprendo por casualidad al bribonzuelo que me desbalija la hacienda, lo entrego á la justicia y ella me venga... Y ¿crees que por eso corrijo ya el mal para siempre?... No, la justicia de los hombres puede quitar por el tiempo que quiera la libertad al cuerpo, pero no puede arrancar los malos instintos al corazón... Hoy hago prender al ladronzuelo, creo ya tener asegurada mi propiedad, y á la cosecha siguiente vuelvo á encontrarme con que de nuevo hay quien desgaja las ramas de los árboles, llevándose entre sus dedos el fruto de oro en que la tierra ha traducido las gotas de sudor que, á modo de pago de un tributo eterno, han caído sobre ella desde las arrugas de mi frente... ¿Y quién te dice á ti, que ese no es el mismo delincuente á quien castigó la justicia el año anterior?... Yo voy á evitar un mal que no han previsto los legisladores... Mil veces peor que el robo de la hacienda, es el robo de la honra, peor que el atropello de la propiedad es el atropello de los sentimientos del hombre... Y con ser mil veces peor, es mal que puede evitarse para siempre.

Hizo entonces una larga pausa, burló con su mirada la mirada de su hijo, comprendió el efecto de sus palabras, vió en aquellos ojos que le debían á él la vida los delatores del delito, y al intentar reanudar su perorata le interrumpió Pepet, diciendo:

—Si, tiene usted razón... Le roban á usted su honra, atropellan los sentimientos de su corazón... Busca usted al delincuente de ese delito, como yo buscaba al otro... Sólo que yo no llegaré á encontrarlo y usted lo tiene delante... ¡Yo quiero á esa mujer con todas las energías de mi alma!... Comprendo que corre por sus venas la sangre de aquellos que

hicieron derramar esta misma sangre que corre por las mías... ¡Y la quiero!... Ella lo comprende también ¡y me quiere!... Nos queremos sabiendo que jamás seremos el uno del otro... ¡pero nos queremos!...

—¿Confiesas tu falta?...

—La confieso, si señor... ¡Y la confieso con alegría!... Esa falta me demuestra que hay en mi corazón instintos muy nobles... ¡Sé perdonar!

—¿De modo que desistes?...

—Sí; para demostrarle á usted toda la verdad de mi cariño, me sacrifico y desisto. Ahora, exijo de usted otro sacrificio... necesito que me costee usted una carrera... Quiero ser cura... Yo no he de amar nunca á ninguna otra mujer, y comprendo, además, que tengo corazón sobrado para ejercer ese ministerio.

—¡Bendito seas! — exclamó el padre, estrechándole entre sus brazos... *

Despidióse Pepet de Roseta para siempre, hablando bajo, muy bajo á su chiqueta, mientras amargaban sus labios las lágrimas que rodaban por aquellas mejillas, que habían sido el nido de sus besos...

—Nuestro amor es imposible... La rivalidad de nuestras familias no acabará nunca... Y yo te quiero mucho para robarte tu felicidad... ¡Olvidámel!... ¡Quiere á otro hombre más afortunado que yo, y sé dichosa!... ¡Yo te querré siempre! ¡Tú no me quieras nunca! Sabiendo que no podía darte la ventura que veías acercarse á ti en tus sueños de rosa, me hice dueño de tu corazón... Yo llevaré siempre con tu recuerdo el remordimiento de mi acción canallesca... Tú no debes acordarte del que estuvo á punto de matar tus alegrías de moza y tu felicidad de mujer... Fuése Pepet del pueblo con el propósito firmísimo de no volver á él, hasta terminar su carrera, y no encontró nunca pretexto para faltar á su promesa.

Al partir, rogó á sus padres que en todo ese tiempo no le mandasen noticias del lugar en que había matado para siempre sus ambiciones y sus deseos humanos, con objeto de que ellas no avivasen el rescoldo de los recuerdos. Así es, que al regresar al pueblo — ya doctorado — se encontró con una infinidad de novedades.

Roseta, aquella mujer que tanto había querido, estaba casada con un hombre que la quería mucho y á quien ella quería también con toda la vehemencia de su corazón noble y sano.

Puedo asegurar á ustedes que Pepet, al saber la felicidad de su antigua amada, sintió en su alma una alegría inmensa, inexplicable... ¡Aquella felicidad, se la debía á él!...

Sólo una cosa pudo amargar aquella alegría... La rivalidad de ambas familias había cesado... Su padre comprendió, al oír la declaración del delito de su hijo, la sin razón de aquella odiosidad; y aún iba Pepet camino del seminario, cuando fué él á buscar al padre de Roseta, resuelto á que no se prolongara aquella situación... Discutieron, razonaron y, al fin, puestos de acuerdo, ahogaron entre sus brazos los gérmenes de aquella rivalidad... *

Llegó el día designado para que Pepet dijera su primera misa. Levantóse al alba, malhumorado, triste como nunca y como nunca pesaroso de aquella determinación con que se había comprometido á dar un paseo por la huerta antes de ir á la iglesia...

A los pocos pasos encontró á Roseta que iba al mercado, y sintió como si una lluvia de fuego cayera sobre sus entrañas... La acompañó un momento y recordó sus días de ventura, aquellos pañales á hurtadillas de todos, aquellas lágrimas con que lloraron la muerte de sus amores... —¿Eres feliz? — le preguntó.

—¡Mucho! — contestó Roseta. — Tú no puedes figurarte la felicidad que se respira en el interior de esas barracas convertidas en nidos de amor... No hay nada más sublime, nada que alegre más al corazón que la posesión del sér amado... Miento... Hay otra cosa mucho más sublime... El nacimiento del primer hijo... El viene á estrechar aún más y para siempre los lazos del amor... El hace desaparecer el sabor acre que deja en nuestra alma el recuerdo de la orgía... La vida del hogar ha cambiado de aspecto... Ya hay un estímulo para el trabajo, ya hay un sér que nos consuela en nuestras penas, sin frases artificiosas ni sollozos fingidos...

—Oye, y tu marido ¿será feliz!

—Tanto como lo hubieras sido tú, si aquella pícaro discordia no hubiera destruido nuestras ilusiones.

La campana de la iglesia anunció á Pepet la proximidad de la misa. —Adiós, Roseta... Dios haga que tu felicidad no acabe nunca... ¡Ni la del hombre que comparte contigo las alegrías de vuestro hogar!...

Se despidieron... Roseta se alejó cantando las *albas*... Pepet quedó un rato quieto, mirando como se alejaba aquella mujer que se le había ido de entre las manos cuando más seguro estaba de su posesión.

La miraba con esa fijeza sin expresión con que el niño ve alejarse hacia el cielo el globo que le distraía y que se escapó de sus manecitas por distracción ó por torpeza...

Secó sus ojos, humedecidos por el llanto, se dirigió á su casa y buscó con ansia febril en los cajones de su mesa...

Llegó á la iglesia y fuése derecho al sitio donde estaban las vinajeras...

Después de la misa, los padres del celebrante corrieron á abrazarlo. Cuando el padre de Pepet estrechaba contra su corazón al que siempre lo respetó y al que supo sacrificarse por acatar sus ideas, notó en su mirada algo extraño...

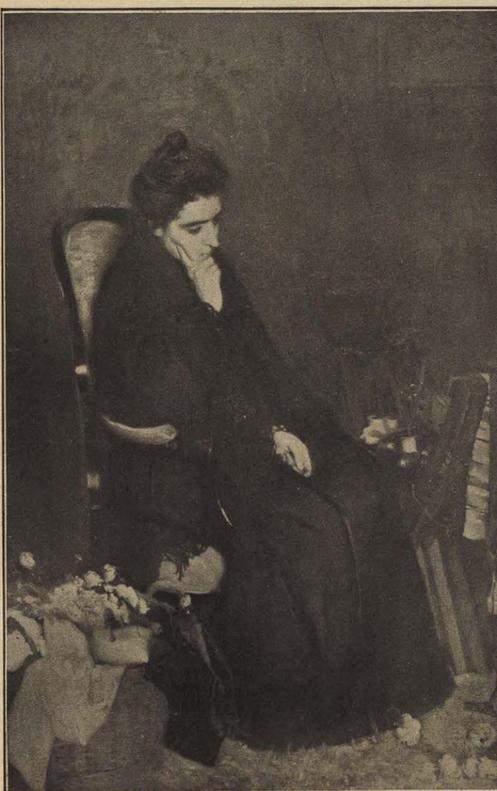
—¿Qué tienes, Pepet?...

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES (1)

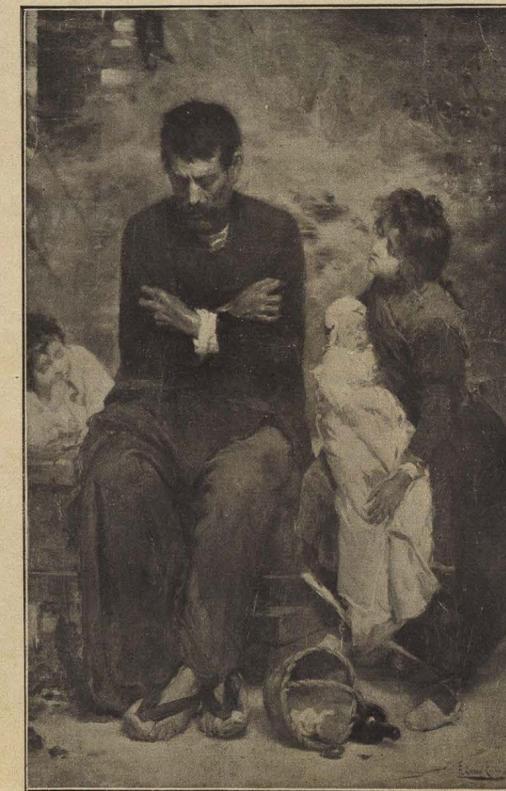


¡QUÉ HERMOSA ES! — Cuadro de RAFAEL HIDALGO DE CAVIADES.

CONDECORACIÓN



ROSAS Y PENSAMIENTOS. — Cuadro de VICENTE BORRÁS.



ETERNA VÍCTIMA. — Cuadro de FERNANDO CABRERA Y CANTÓ.

(1) Principió en el número 92.

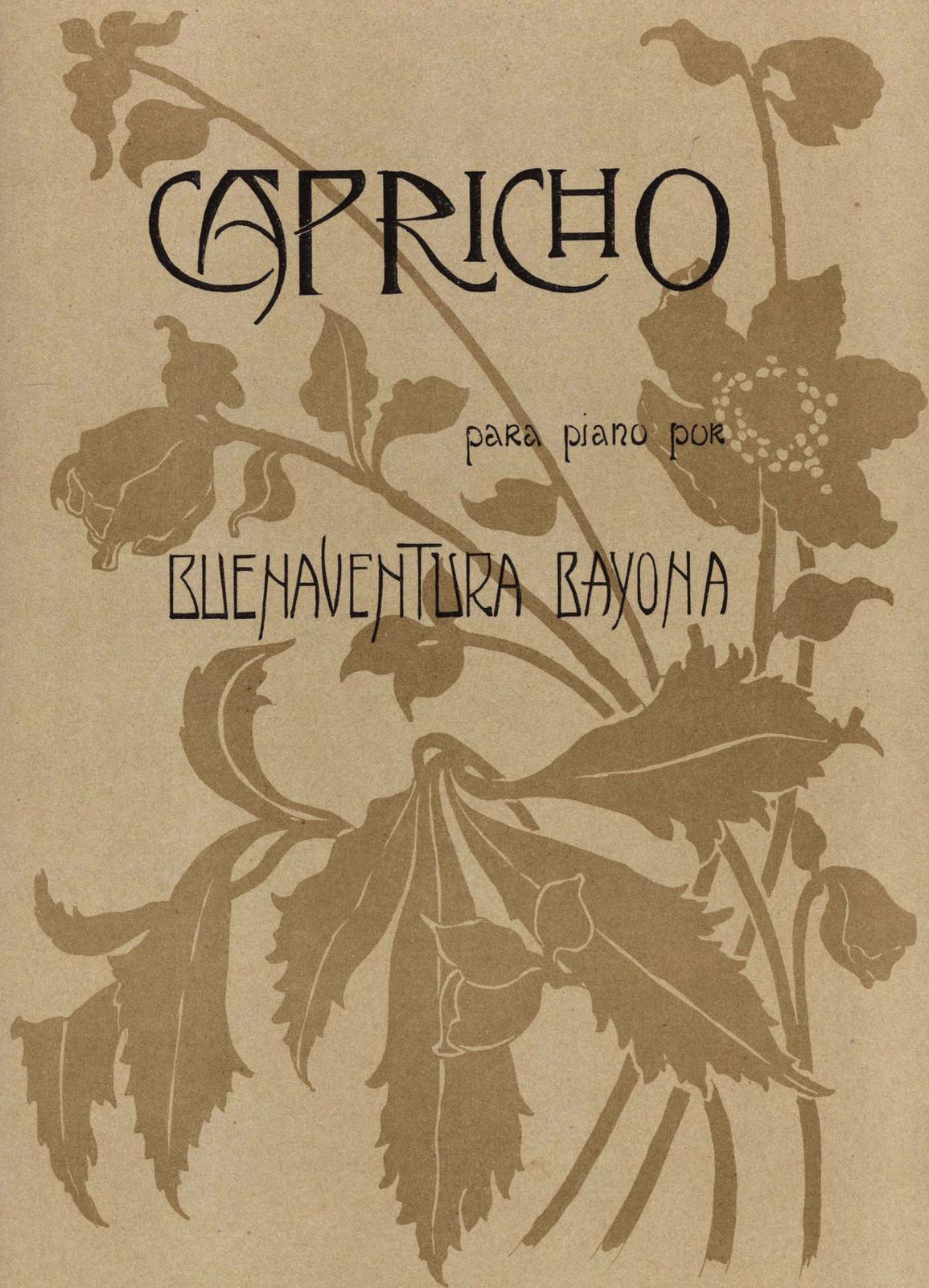


ENTRADA DEL PUERTO DE VALENCIA.—Cuadro de ENRIQUE SABORIT Y AROZA.



FIESTA DE LA VIRGEN DE REGLA EN CHIPIANA.—Cuadro de FEDERICO GODOY.

CONDECORACIÓN



CAPRICHIO

para piano por

BUENAVENTURA BAYONA